



## Pilar de Valderrama (1889-1979)

Los inicios de Pilar de Valderrama en la poesía se remontan a 1923, con *Las piedras de Horeb* y continúan, en 1925, con *Huerto cerrado*, libro del que hemos extraído los poemas antologados. Es este un volumen cargado de referencias e intertextualidades con la tradición poética española: en él rezuman Bécquer, Jorge Manrique, Fray Luis, San Juan o Santa Teresa. Sobre su obra poética, dijo Margarita Nelken: «Pilar de Valderrama, tan recoleta, tan replegada sobre sus sueños y dentro de su intimidad, lanza de cuando en cuando, como una saeta, el grito de sus penas o de sus alegrías. Grito que se basta a sí mismo, que no aspira sino a exhalarse: Las notas de mi lira son apagadas, dice ella misma» (en Ramírez Ponferrada, 2018: 83). Este intimismo, que recuerda en gran medida al Machado de *Campos de Castilla* (recordemos que Pilar de Valderrama es Guimar [para un análisis detallado, Ramírez Ponferrada, 2018]) por las vinculaciones entre realidad exterior e interior, es claramente constatable en «Poema cuarto». En sus versos, es relatada la historia de un viejo castillo sobre el que se edificó un palacio, lo cual permite una primera reflexión nostálgica del hablante lírico que, más adelante, se inserta en ese espacio donde, repentinamente, sucede lo sobrenatural cuando «envuelto en tenue luz se alzó a mi vista / la mole oscura de un castillo austero». La segunda y última composición que guarda vinculaciones con lo medieval es «Poema sexto», que parte de una descripción de la magna Basílica de San Marcos de Venecia y de su Pala d'Oro, a partir de la cual el sujeto lírico puede reflexionar sobre el sentimiento religioso: la suntuosidad veneciana, dice, «no ha conseguido conmoverme el alma», como sí lo hace el recuerdo de la imagen de Jesús en una pequeña y austera ermita castellana.

### Poema cuarto (sección «Poemas del arcano»)

Todas las ruinas del feudal castillo  
los hombres removieron;  
sobre los fosos, sobre las mazmorras,  
alzaron los cimientos  
de elefante mansión, y así el castillo

fue sepultado en el palacio nuevo.  
Sepultado por fuera,  
sepultado por dentro  
en la memoria y en los corazones  
de sus frívolos dueños,  
que nunca se cuidaron  
de recordar el edificio viejo.  
Y ni las tardes grises del otoño,  
ni las oscuras noches del invierno  
les hicieron pensar que las entrañas  
de aquel palacio bello,  
presenciaron, un día, crueldades  
que hasta su dura tierra conmovieron.  
Todo se hundió en la historia del pasado  
y lo borró la sucesión del tiempo.

Mas caminando yo senda adelante  
en busca siempre de horizontes nuevos,  
crucé aquellos lugares,  
ignorando el secreto  
que su tierra encerraba,  
y lo que vi, ¿fue realidad o sueño?  
Nunca sabré explicarme  
porque al pisar el milenario suelo,  
envuelto en tenue luz se alzó a mi vista  
la mole oscura de un castillo austero.

¡Inexplicable fuerza del arcano!  
¡Clarividencia extraña del misterio!

Acaso el alma que alentó en la tierra  
donde yo, forastero,  
caminaba al azar...  
habló a mi alma en un solo momento  
más que a los moradores del palacio  
confortable y moderno.

¡Cuántas veces, cruzando  
de la vida el sendero,

destelló la Verdad, que estaba oculta,  
porque la iluminó el presentimiento!

(*Huerto cerrado*, 1929, pp. 131-133)

**Poema sexto**  
**(sección «Poemas del arcano»)**

(En la Basílica de San Marcos)<sup>149</sup>

La luz presta al color brillos fantásticos;  
a los púrpuras, ágatas  
y mármoles de Oriente,  
trasparencias de nácar.  
Refulgen los mosaicos esmaltados  
en oro, las hieráticas  
figuras del Antiguo Testamento  
pierden su realidad austera y trágica.  
Todo se ve fundido suavemente  
en armonía de color y gracia.  
En el Altar Mayor, la «Pala d'Oro»<sup>150</sup>  
resplandece, cual ascua  
perenne de una hoguera  
en loor de aquel dux que la importara  
como botín de guerra,  
de la sin par Bizancio domeñada.  
Bellos frisos, columnas, capiteles,  
del estilo Románico nos hablan.  
Esculturas de piedra,  
que en rigidez estática  
nos recuerdan del Arte primitivo  
las épocas lejanas...  
¡Cuántas generaciones imprimieron  
sus huellas en la joya Veneciana!  
recamada de esmaltes, miniaturas,

149. La Basílica de San Marcos es el principal templo católico de Venecia y una de las mayores expresiones de la arquitectura bizantina. Aunque buena parte de la imagen actual del edificio data del siglo XVI, su construcción comenzó en torno a los siglos X-XI.

150. Trabajo de orfebrería con forma de retablo, de estilo bizantino y veneciano, ubicado en la basílica de San Marcos y cuya confección original data del siglo X. Durante siglos sucesivos fue ampliado.

turquesas, esmeraldas,  
perlas de fino oriente,  
aguas marinas de cambiantes gamas...  
¡Tanta magnificencia, como un vino  
los sentidos embriaga!  
Y por la mente mía  
mágicamente pasan  
las soberbias figuras de los dux  
que aquí se coronaban,  
envueltas en sus clámides de púrpura;  
los terciopelos y brocados grana  
de los procuradores de San Marcos,  
y las severas caras.  
de aquellos «Consejeros de los Diez»  
que en vez de hacer justicia, esclavizaban.  
Cardenales y reyes,  
emperadores, príncipes y Papas,  
aquí se prosternaron, y yo evoco  
unos instantes sus altivas trazas.  
Mas si la vista, toda esta grandeza  
a percibir alcanza,  
el rinconcito oculto, misterioso,  
del que sube, callada,  
la emoción que suspende,  
la emoción que avasalla,  
la que no sabe nadie porque llega,  
la que no sabe nadie porque pasa...  
ese rincón oculto, sigue siempre  
con la puerta cerrada.  
Y pienso con tristeza;  
¿es que el Arte ostentoso con sus galas  
que logra así maravillar mi vista  
no ha conseguido conmoverme el alma,  
que permanece fría,  
lo mismo que la estatua  
alabastrina, que bajo aquel arco  
tan rígida descansa...?

Me recojo en mí misma unos instantes,  
cierro los ojos a la eterna farsa

y abro el alma, para evocar, ferviente,  
al Dios humilde, a la figura clara  
del Rabbi que esparció por Galilea  
la luz de sus parábolas,  
al que amó Magdalena,  
al que muere en la cruz lleno de llagas...  
Y le vislumbro al fin, pero muy lejos...  
allá..., sobre la estepa Castellana  
dentro de pobre ermita,  
en la imagen labrada  
por manos fervorosas  
que pusieron amor en vez de alas.

¡Dulce emoción, recóndita..., callada...,  
se extiende por mi ser,  
colmándole de paz y de esperanza!

¿Por qué, si los tesoros  
que este preciado monumento guarda  
no logran conmover mi corazón,  
una pequeña imagen olvidada  
en lo más yermo del solar hispano  
sabe llenarme de ternura el alma?

Su recuerdo ha llegado al rinconcito  
del que sube, callada,  
la emoción que suspende,  
la emoción que avasalla,  
la que no sabe nadie porque llega...  
la que no sabe nadie porque pasa...

Venecia 1924

(*Huerto cerrado*, 1929, pp. 137-141)